

## FOTOS DE CEMENTERIO

La niña rubia del color del trigo piensa que ese lugar al que ha ido con su madre y que se llama cementerio es muy bonito, sin embargo, también se da cuenta de que hay algo que le da miedo. Es muy agradable escuchar a los pájaros y verlos jugar entre las tupidas ramas de los cipreses. Todo está lleno de flores hermosas, hoy ha visto varias mariposas, una incluso se ha parado un momento en la manga de su vestido verde y ha movido sus alitas antes de reemprender el vuelo. La niña sabe que las mariposas no deben tocarse, porque se les cae el polvo mágico de las alas y se mueren. Hace rato que caminan rodeadas de un denso aroma de flores (azucenas, claveles, tulipanes...), allá donde quiera que mire hay preciosos ramos de flores, pero lo que le está dando miedo son las fotos que las miran, hay tantas, la niña se fija en que muchos sonríen, como si el estar muerto les diese alegría.

Ha empezado a leer los nombres, “Helena Sanchiz Ferro 1986-2001, Leonor Negre Belmonte 1963-1999...”, ella solo tiene siete años y no sabe restar de cabeza, tampoco sabe muy bien qué quieren decir esos números con un palito en el medio.

La madre camina cabizbaja arrastrando su cuerpo hacia la sección que a la niña tanto le gusta porque hay un estanque con peces de colores rojos y naranjas, y a ella le divierte contar las burbujas que sacan por la boca hasta la superficie, pero hoy su madre no la deja jugar con los peces, hoy siguen andando sin apenas detenerse.

— No quiero que me traigan aquí cuando me muera mami — le dice a su madre mientras intenta no mirar hacia las fotos. La madre no le dice nada, se ha parado frente a unos nichos, la niña se queda cerca, siempre a la vista, sabe que su madre se enfada si se aleja, pero también sabe que cuando visita las tumbas no le gusta que la molesten.

Hay una fuente muy bonita cerca de ellas. Es de piedra y cuando la niña la toca, nota el frescor y la suavidad del relieve de las piezas desgastadas por el paso del tiempo.

La niña se pone a jugar con el agua, sus dedos salpican gotas hacia la pila para que puedan beber las avispas. Hay hojas secas acumuladas de varios días al pie de la fuente y el crujido de éstas bajo sus sandalias, le recuerda a la niña el viaje que hizo con sus padres al hayedo en otoño, entonces ella corría entre los árboles y sus pies al pisar el manto de las hojas hacían el mismo ruido que ahora escucha. La niña también recuerda que ese viaje fue el del accidente que se llevó a su padre.

Desde entonces, nada ha vuelto a ser igual que antes.

La madre está sentada frente a los nichos, el arrullo del agua la ha sumergido en pensamientos lejanos, de vez en cuando mira hacia la fuente y luego hacia las violetas que ha traído para las lápidas. Se saca un trapo del bolso y empieza a limpiarlas, luego coge las flores secas y las deja en una papelera, recoge el ramo de violetas frescas y con sumo cuidado separándolas una a una, las reparte con mimo entre las lápidas. De vez en cuando murmura algo inaudible mientras de manera inconsciente acaricia el anillo de boda que su marido llevaba.

La niña quiere ayudarle a colocarlas en los búcaros, pero algo ha llamado su atención, una avispa se está ahogando en la pila de la fuente. Piensa en llamar a su madre para enseñársela, pero al mirarla se da cuenta de que parece muy triste, con su vestido azul marino que aún la hace más delgada, acariciando con sus dedos las fotos de las lápidas.

Así que, la niña rubia del color del trigo, decide dejar en paz a la madre y coge un palito del suelo y lo acerca a las patitas de la avispa que al principio es torpe y no consigue asirse, pero al cabo de un ratito lo muerde con su boquita y entonces la niña la arrastra con cuidado hacia el borde seco.

La avispa parece exhausta, y no se mueve, a la niña se le llenan los ojos de lágrimas, no quiere que muera, ya ha muerto mucha gente, su padre, su hermano, la sonrisa de su madre...

Pasan unos minutos y la avispa empieza a limpiarse con las patitas, primero las antenas, que por cierto son muy largas, después la carita, y la niña, ya sin lágrimas en los ojos, se despide de su amiguita porque es hora de marcharse o si no perderán el autobús que las lleva de vuelta a casa.

La niña, de camino hacia la salida, mira de reojo a su madre, ahora tampoco ella tiene lágrimas en los ojos. Está siempre tan triste, tan callada, que la niña piensa en decirle algo bonito para animarla.

— Mami, cuando sea mayor te compraré una casa con un jardín muy grande, que huela tan bien como éste, y tendrá un estanque de peces de colores y una fuente para que beban los pájaros y las avispas.

La madre no le contesta, se están acercando a la puerta de la salida, se detiene un momento en el portalón de la verja, la niña cuenta los adoquines grises mientras los pisa, la madre piensa que todo su amor está en este cementerio. El sepulturero que se ha acercado a cerrar las puertas le dice: — Buenas tardes señora.

— Buenas tardes — contesta la madre con un hilo de voz.

El sepulturero se queda mirando a la mujer tan sola y tan menguada por la inmensa tristeza de quien lo ha perdido absolutamente todo. Todo, hasta la cordura, pues a veces se la oye hablar como si su difunta hija aún estuviese con ella.

María José Navarro